

ción especial de los estudiosos de las ciencias sociales. Se hace imperiosa esta necesidad, toda vez que se requiere tener un mejor conocimiento y una mayor comprensión de lo que es el hombre colombiano.

RAFAEL MÍRQUEZ A.

## Costumbrismo de nostalgia

### Paisajes y vivencias

José Antonio León Rey  
Instituto Caro y Cuervo, serie La Granada  
Entreabierto, Bogotá, 1987, 251 págs.

En una historia de los escritos relativos a las costumbres de los pueblos no es difícil precisar el punto de vista desde el cual se gesta la actividad de los cronistas. Casi siempre su escritura manifiesta opiniones plegadas a un ordenamiento de poder para establecerlo o mantenerlo. Este es el caso de los escribas que viajan comisionados a encuentros con culturas diferenciadas, como los cronistas de Indias o quienes realizan comisiones parlamentarias al interior de su país. En este último caso, el escriba transcribe

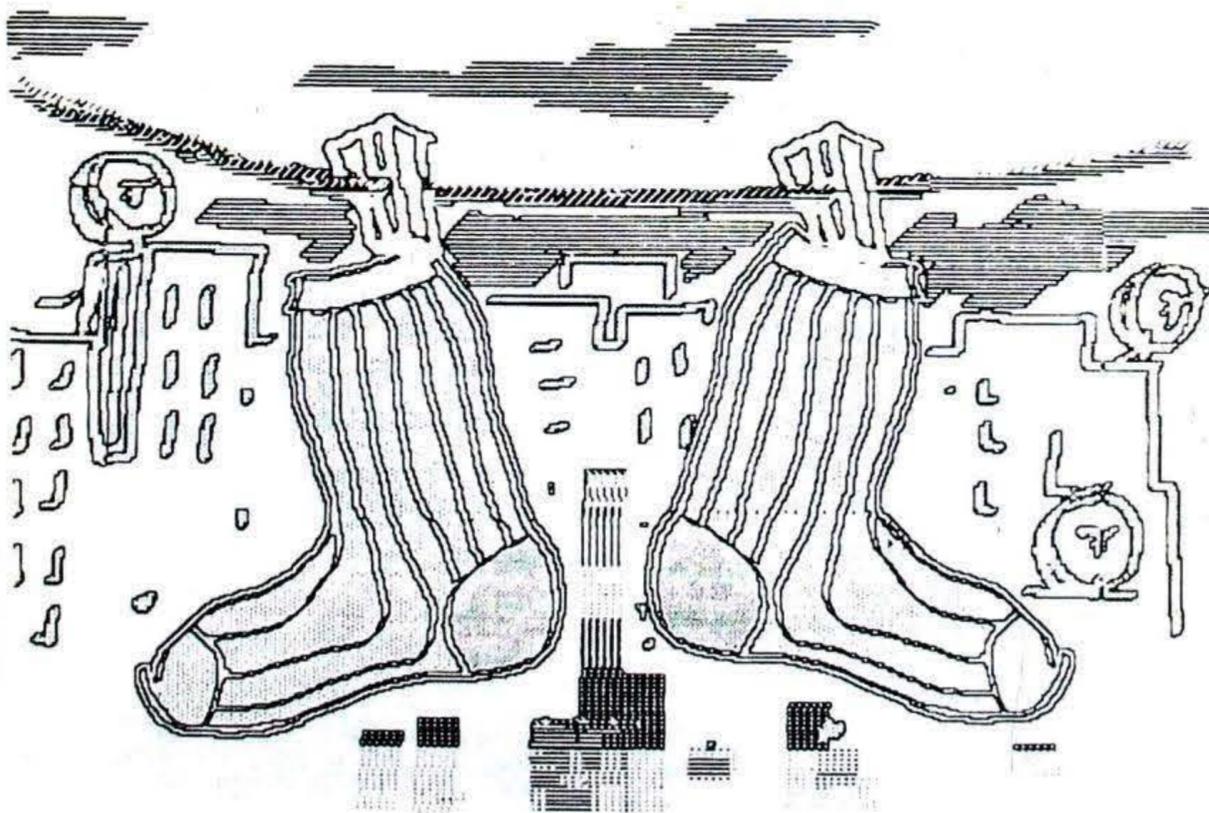
su vivencia y su recuerdo a la manera de los viajeros que en los siglos XVIII y XIX prefiguran una imposibilidad etnográfica, pues desean un porvenir de los hechos de cultura en una direccionalidad ajena a la posibilidad endógena de la comunidad o sociedad con la cual se genealogiza la cultura. Así transcurre el texto de José Antonio León Rey como crónica costumbrista de sus viajes de parlamentario en la década de los años cuarenta por las regiones de Cundinamarca, Huila, llanos orientales, Nariño y Putumayo.

El autor expresa claramente que su propósito es el de "observador y coleccionista" de imágenes paisajistas y de las vivencias que se transcriben en coplerío "popular": 396 coplas en 230 páginas correspondientes a 59 "paisajes" diferentes. En ellas predomina el tema religioso —católico— y las menciones al amor y la mujer con fuerte carácter denigratorio, en cuya selección se percibe el olor nostálgico en la intencionalidad costumbrista del libro y el autor. Junto a estos temas, León Rey se recrea con "vivencias" de rituales de muerte, como lo es su descripción del velorio, en el que acentúa su nostalgia ante esta práctica de los campesinos de su provincia al oriente de Cundinamarca, que "tiende a desaparecer, si no ha desaparecido ya", y las descripciones del dos de noviembre (día de los difuntos), la cacería, la decapitación de gallos en la fiesta de san Pedro y la

riña de gallos. En estas dos descripciones plasma de forma tenebrosa rituales de muerte y sangre, haciendo perder cualquier posibilidad amena del hecho narrado.

Creencia, amor de mujer domada y muerte son los temas privilegiados y seleccionados por el autor en coqueteo etnográfico (la palabra etnografía es mencionada en tres ocasiones como intención de libro, al tiempo que dedica un capítulo a Marcelino de Castelví y recuerda sus conversaciones con Sergio Elías Ortiz). Esta trilogía de coqueteo etnográfico lo obliga a construir el que constituye el capítulo central del libro: "*Valor de lo colombiano*", desde el cual reafirma su nostalgia costumbrista al enfatizar: "Ambicionamos un decidido apoyo para los misioneros que se han impuesto la dura y paciente tarea de civilización cristiana de los indios y de la conservación para la ciencia, de las lenguas, las tradiciones, las costumbres y las creencias de los restos de los pueblos amazónicos. Y pensamos cómo sería de provechoso para el país, para su arrogante afirmación de pueblo soberano y de fisonomía propia el mantener en lo que llamamos Colombia civilizada intacto y esplendente de vida lo nuestro, vale decir, la pureza de nuestro idioma, la eficacia práctica de nuestra fe, la belleza de nuestras costumbres. ¡Cómo sería de patriótico el propósito de llevar a la convicción del pueblo la necesidad de tener a orgullo la conservación de lo nuestro!" (págs. 67-68).

Curiosa labor patriótica ésta, la de *conservar* para la ciencia los registros de las costumbres culturales en documentos archivísticos al tiempo que a las comunidades y sociedades se les aplica el proceso de "civilización cristiana" para dar lugar a la hegemonía y homogeneidad colombiana. El costumbrismo y el folclorismo sedentariza su mirar hacia aquello que le ratifica sus raíces ideológicas respecto al deber-ser de una sociedad, dejando de lado todo aquello que deconstruye y decodifica las intenciones de identidad y homogeneidad. Sin embargo, todo aquello que escapa al costumbrismo y al folclorismo, todo aquello que nomadiza la cultura es, por for-



tuna, lo permanente en continua movilidad, gestando posibilidades infinitas de multiplicidad a lo sociocultural.

Al leer *Paisajes y vivencias* da la impresión de estar viviendo un bolero del desamor en el cual el autor se quiere asir fuertemente a un pasado que no tiene lugar ni en el ayer ni en el presente por venir. Es una especie de eco en nostalgia de un cántico conservador cuyo lugar queda atado al mero texto.

WILLIAM TORRES C.

## Costa Rica y sus peces

**Peces de las aguas continentales de Costa Rica**  
William A. Bussing  
Editorial de la Universidad de Costa Rica, San José, 1987, 271 págs.

Ha llegado a mis manos esta obra de William Albert Bussing, sobre la ictiofauna dulceacuícola de Costa Rica, y, por su enorme relación con nuestros recursos naturales, considero conveniente divulgarla en Colombia. El volumen se halla dividido en nueve capítulos: Historia de la ictiología en Costa Rica (una página); Consideraciones ictiogeográficas (una página); Ambientes acuáticos y sus peces (tres páginas); Material y métodos (siete páginas); Clave para la identificación de familias (doce páginas); Las especies de peces nacionales, con claves y comentarios (199 páginas); Glosario de términos ictiológicos (tres páginas) y Referencias bibliográficas (cuatro páginas). Además, se incluyen otras secciones como presentación, prefacio, introducción, lista de figuras e índice.

Puesto que el capítulo de mayor interés desde el punto de vista científico es el que analiza las especies costarricenses de peces, pasaré a referirme detenidamente a él. El total de especies contempladas es de 127, entre las cuales sólo dos son cartilaginosas. Los peces incluidos se pueden sepa-

rar en dos grupos, según su relación con las aguas marinas; así, ochenta especies (63%) son consideradas exclusivas de agua dulce, mientras que el resto tolera en alguna circunstancia la presencia de sales en el agua. Obviamente, la mayoría de los peces comunes a Costa Rica y Colombia son del segundo grupo, ya que sólo 15% (doce especies) de las que no soportan agua dulce (todas óseas) son comunes, mientras que 68% (32 especies) de las eurihalinas incluyen en su rango a los dos países.

Desde el punto de vista taxonómico interesan varios casos: *Rhamdia guatemalensis* (Günther, 1864) es el nombre apropiado para el liso negro (*R. wagneri*: Dahl<sup>1</sup>); *Poecilia gilli* (Kner y Steindachner, 1863) es probablemente el nombre correcto del pipón, común en la región de Santa Marta (*Mollienisia*: Dahl<sup>1</sup>); ¿cuál es el nombre correcto de la azuleja: *Aequidens coeruleopunctatus* (Kner y Steindachner, 1863) o *A. pulcher* (Gill, 1854)?; ¿Todavía no se conoce con certeza el nombre específico del *Sycidium* o tití de la región de Santa Marta! Pero muchos más interrogantes surgen con los aspectos zoogeográficos involucrados; p. ej.: la gran mayoría de los peces eurihalinos tienen un amplio rango de distribución norte-sur; la enorme riqueza de especies en Costa Rica de las familias Poeciliidae (20) y Cichlidae (23), las cuales son relativamente pobres en especies en Colombia y de origen filogenético totalmente distinto del de los Ostariophysi; 27% de los Ostariophysi son comunes a Costa Rica y Colombia, mientras que sólo 10% de los Poeciliidae y 4% de los Cichlidae

existen en ambos países. Claro que pocos de estos análisis se hubieran podido intentar sin la presencia de los 45 excelentes mapas con la distribución de los peces estudiados, que acompañan al capítulo sistemático de esta importante obra. Pocas incoherencias logré detectar; se destaca el empastelado de incluir el párrafo de *otros datos* de *Centropomus pectinatus* bajo *C. robalito* (página 170) y la no separación de las formas de *C. pectinatus sensulato*. Errores menores como decir que *Carcharodon carcharias* es un carcharhínido (página 59), cambiar de siglos las fechas de los nombres específicos (páginas 60 y 64), decir que *C. pectinatus* crece hasta 3,5 m. (página 170), ¿cómo será: *Hemieleotris latifasciata* (página 225) o *H. latifasciatus* (página 252)?, de ninguna manera reducen el valor de este libro.

Me pregunto por qué nuestra bienamada Costa Rica, cuya ictiofauna viene siendo estudiada sólo desde 1906-1908, puede producir esta magnífica y hermosa obra, y nosotros, que intentamos estudiar nuestros peces desde exactamente un siglo antes, no podemos. ¿Tendrá algo que ver el que ellos no sean un país de militares?, pero lo que más me impresiona es que somos tan parecidos. . . En todo caso, ¡felicitaciones a Bussing y a Costa Rica!

ARTURO ACERO P.

<sup>1</sup> George Dahl, *Los peces del norte de Colombia*, INDERENA, Bogotá, 391 págs., 1971.

